

THE ANDEAN IN THE HISTORY: ROOTS OF AN ELUSIVE IDENTITY

Resumen

El presente artículo de investigación pone en evidencia que, detrás del proceso histórico estudiado, hay una unificación de la historia mediante los paradigmas de la hegemonía civilizatoria de Occidente. El proceso, profunda y rigurosamente explicado mediante una metodología cualitativa, destacará en las conclusiones las consecuencias de la colonización de América Latina, que se proyecta como una periferia que busca dignificar su memoria y construir una identidad.

Palabras clave

Historia, identidad, andino.

Abstract

The present research article shows that behind the historical process studied there is a unification of history through the paradigms of the civilizing hegemony of the West. The process, deeply and rigorously explained through a qualitative methodology, will highlight in the conclusions the consequences of the colonization of Latin America, which is projected as a periphery that seeks to dignify its memory and build an identity.

Keywords

History, identity, Andean.

Referencia: Ayala Mora, E. (2018). Lo andino en la historia: raíces de una elusiva identidad. *Cultura Latinoamericana*. 27(1), pp. 22-49. DOI: 10.14718/CulturaLatinoam.2018.27.1.2

LO ANDINO EN LA HISTORIA: RAÍCES DE UNA ELUSIVA IDENTIDAD

*Enrique Ayala Mora**

Universidad Andina Simón Bolívar (Sede Ecuador)

DOI: 10.14718/CulturaLatinoam.2018.27.1.2

¿Qué es lo andino?

Cuando hablamos de «lo andino» nos vienen a la mente las moles de las montañas andinas o evocamos la imagen de un indígena con sus llamas en plena cordillera. Sin embargo, cuando tratamos de definir lo andino, descubrimos que es una realidad compleja, visible y actuante.

América Andina es el escenario de nuestro pasado y nuestro presente. Sabemos que está allí, que nos envuelve; pero resulta difícil definirla. A veces su realidad y sus límites nos parecen evidentes; otras se nos escapan. Hay quien dice que es una abstracción de retóricos, políticos o antropólogos. No han faltado los que la identifican exclusivamente con lo indígena y altoandino (Ayala Mora, 1999, p. 11).

América andina es una realidad con historia y en ella se descubre el antecedente y el futuro de nuestra identidad e integración. A la pregunta ¿qué es lo andino?, podríamos responder desde el escenario geográfico.

Sin embargo, lo andino no se agota en una suerte de determinación geográfica. Su especificidad, puede argüirse, tiene un carácter polisémico, de unidad y pluralidad. Esto es, porque de un lado recupera la historicidad

* Doctor en Educación, Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito; magíster, Universidad de Essex; doctor (DPhil) Universidad de Oxford. Profesor de la Universidad Andina Simón Bolívar, presidente del Colegio de América, Sede Latinoamericana. Ha sido rector de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Central en Sucre, Bolivia (1995-1997) y rector de la Sede Ecuador, Quito (1997-2016). Contacto: enrique.ayalamora@uasb.edu.ec

El artículo es resultado de un proyecto de investigación desarrollado en la Universidad Andina Simón Bolívar (Sede Ecuador).



de un proceso milenario, que por diversos factores da una unidad a la evolución de un conjunto de pueblos frente a una realidad regional, continental y planetaria, y de otro lado, paradójicamente expresa no un tronco homogenizador, sino una unidad que da sentido a una pluralidad, a una diversidad que no se disgrega sino que integra los términos naturales y geográficos, los culturales y simbólicos (Ayala Mora, 1999, p. 14).

Lo andino no solo es complejo, sino también diverso. Por ello, en el curso de los siglos se han dado distintas visiones de lo andino. En algunos casos, esas visiones han expresado esfuerzos por lograr una idea común y hasta una utopía recurrente. En otros, han enfatizado en las diversidades (Flores, 1986). Hay, en la experiencia histórica de lo andino, continuidades y discontinuidades. Hurgar en el pasado y en la identidad andina es buscar nuestras raíces y tratar de entender el mundo del porvenir, que enfrentamos desde el espacio común andino.

Una civilización andina: el incario

Las tierras de lo que llamamos América Andina fueron pobladas al menos desde diez mil años antes de Cristo (Ardila, 1999). En ese dilatado tiempo surgieron, crecieron y decayeron sociedades que, en su lucha por dominar el ambiente y adaptarse a él, por milenios, desarrollaron una civilización que, influenciada por los altos Andes, surgió como expresión de diversidades ambientales, económicas y culturales, y al mismo tiempo mantuvo rasgos comunes que persistieron por siglos.

El eje de la evolución de los pueblos andinos fue el desarrollo de la agricultura por comunidades que manejaron el control vertical de los pisos ecológicos¹. Había una *complementariedad* de espacios geográficos, actividades productivas y relación con el ambiente. «Este sistema de control pluriecológico permite el aprovechamiento máximo de las condiciones ecológicas andinas» (Pease, 1988, p. 76). Las comunidades andinas se basaban también en relaciones de *reciprocidad*, que potenciaban el trabajo colectivo, las solidaridades y relaciones sociales, la vida cotidiana y las alianzas políticas.

Luego de varios milenios, en varios lugares surgieron sociedades con sistemas de producción sofisticados, avanzadas técnicas de cultivo, regadío y transporte, notable dominio de la cerámica y la meta-

1. El pionero del estudio de la estructura de los pueblos andinos fue John Murra. Entre sus obras básicas está: *Formaciones económicas y políticas del mundo andino* (1975).



lurgia, estructura social compleja y diferenciada. Crecieron las aldeas agrícolas y centros urbanos mayores (Lumbreras, 1999). Se formaron «señoríos» en los que la autoridad, ejercida por sacerdotes y chamanes, se asentaba en diferencias sociales cada vez más marcadas. Esos señoríos, a base de conquistas militares y alianzas políticas, constituyeron Estados o confederaciones. El más exitoso de ellos fue el inca que, en el siglo xv, desde el sur del actual Perú se expandió al norte y el sur hasta buena parte de las actuales repúblicas de Ecuador, Bolivia, Chile, e incluso de Argentina y el sur de lo que hoy es Colombia (Pease, 1988). A inicios del siglo xvi el Imperio llegó a su mayor expansión.

El incario fue la máxima expresión de la experiencia civilizatoria de América Andina. Fue un gran imperio a escala continental y mundial, con una compleja estructura económica y social, numerosas vías de comunicación y un gobierno muy sofisticado de un monarca absoluto². Los incas, como los romanos en el Mediterráneo, generalizaron los avances técnicos y sociales de los pueblos que conquistaron, cobraron tributos y mantuvieron la paz en medio de la que crecieron la producción, las comunicaciones y el comercio.

El Imperio inca fue un Estado complejo y multiétnico, que agrupaba gran cantidad de señoríos de América Andina. Así «se dio la continuidad y supervivencia efectiva en el Estado inca de la agricultura, el pastoreo y la manufactura textil autosuficiente de la comunidad étnica campesina». Pero «esta comunidad es claramente parte de un contexto más amplio de poder económico, social y político» (Murra, 1978, p. 131). El Imperio inca se asentaba sobre diversas relaciones de producción en cuya base estaban las comunidades o *ayllus* articulados por un Estado fuerte y centralizado en su organización militar y algunas actividades económicas.

El incario fue una experiencia única. «El mérito de la cultura andina, cuyo último protagonista fue el Tahuantinsuyo, fue que logró reordenar la economía y la sociedad hasta refinados niveles estatales, sin influencias de otras civilizaciones del mundo» (Espinosa Soriano, 1990, p. 497). Así, para los incas, su imperio, que llegó a llamarse «Tahuantinsuyo» (las cuatro partes), agrupando cuatro «suyos», era su propia experiencia andina.

2. A este, que podría denominarse el gobierno central se sumaba una compleja jerarquía de gobernantes en todo el territorio. Dice la historiadora del incario: «Con el crecimiento territorial se creó una vasta clase de señores de muy distintos rangos y atributos. A toda esa élite provinciana se añadían los innumerables administradores y dirigentes estatales, sobre cuya responsabilidad descansaba el engranaje del gobierno» (Rostorowski, 1988, pp. 181-182).



La conquista del mundo andino

A inicios del siglo XVI, los conquistadores europeos irrumpieron en el Tahuantinsuyo, que se debatía en una crisis, y en corto tiempo lograron dominarlo. La sociedad estaba en transición hacia otras formas que nunca surgieron por efecto de la conquista. La caída del imperio y la relativa facilidad con que los conquistadores lo sojuzgaron se explicó por su «superioridad», por sus caballos, armas y escritura. Pero el fenómeno se entiende mejor si se descubren los conflictos, las debilidades internas y las enfermedades traídas por los conquistadores. La conquista fue una guerra civil (Bustos, 2008). El imperio se desmoronó desde dentro.

Los constantes alzamientos que sacudieron al Imperio prueban el descontento y el estado de insumisión existente entre muchos señores étnicos ante el poder cuzqueño. De este modo, la llegada de los europeos —en realidad, la vanguardia de toda una invasión mucho más organizada— pareció suponer para muchos grupos locales la liberación que durante años estaban esperando (Gómez & Marchena, 2000, pp. 19-20).

Aparte del sojuzgamiento, de las muertes por epidemias traídas por los conquistadores y del establecimiento de mecanismos de explotación, la conquista significó para los pueblos indígenas el fin de su mundo andino y su expulsión de la historia. Conquistadores, presidentes, obispos, y personajes notables pueblan durante cuatro siglos las páginas de los libros, cuando, invisibles pero presentes, los pueblos indígenas seguirían siendo actores históricos básicos. Frente a ello, en varios momentos surgieron «utopías andinas» que, con diversas manifestaciones, veían la realidad desde la perspectiva de los vencidos.

Para los nativos, el «mundo» era el espacio que habitaban. Para las élites incas era el Tahuantinsuyo. «El cosmos se dividía en dos; el mundo de arriba y el mundo de abajo, el cielo y la tierra que recibían los nombres de *hananpacha* y *huirinpacha*. Pacha significa universo. El orden del cosmos se repetía en otros niveles». Cuando se produjo la derrota, «Para muchos hombres andinos la conquista fue un *pa-chacuti*, es decir, la inversión del orden» (Flores, 1986, p. 42). Fue la transición de una época a otra en una historia que tendía a repetirse. Por ello, si bien algunos aceptaron la derrota como castigo de sus dioses, y colaboraron con los colonizadores, otros asumieron la conquista como esa transición y mantuvieron la resistencia. Tampoco los europeos tenían una idea cabal del mundo. Cuando llegaron a estas



tierras las confundieron con Asia y las llamaron «Indias». Tardaron varias décadas para darse cuenta de que este era otro continente. Pero siguieron llamándolo «las Indias»³.

Los conquistadores actuaron con ansias de riqueza y poder, pero también pensaron que ganaban un nuevo mundo para la cristiandad. Entre los caciques y los pocos mestizos y religiosos que se identificaban con ellos se vio al pasado inca como una sociedad de orden y armonía, como un mundo ideal destruido por los invasores. Así pensó el Inca Garcilaso de la Vega (2007). Se extendió una visión de lo andino identificado con lo inca y el pasado indígena. Lo andino, derrotado y colonizado, subsistía en la conciencia colectiva.

El espacio andino en la Colonia

Luego de las guerras de conquista, las sociedades aborígenes fueron controladas por los conquistadores españoles a base de acuerdos con los caciques, que conservaron poder sobre sus comunidades a cambio de su colaboración (Salomon, 1990). Pero en los primeros años, los colonizadores se enfrentaron entre ellos y también con las autoridades que venían de España. Al fin, estas se impusieron.

Los centros principales de colonización se establecieron en los territorios de los mayores imperios, el azteca en Mesoamérica y el inca en América Andina. Se organizaron alrededor de los centros mineros de México y Potosí (Langue & Salazar-Soler, 1999). Otros territorios producían alimentos y textiles. Para gobernar el Imperio americano, la Corona española lo dividió en dos *virreynatos*, en Mesoamérica el de Nueva España, y en Sudamérica, en la región andina, el de Perú. Dentro de estas grandes circunscripciones se crearon los cabildos, audiencias y gobernaciones. Junto a las autoridades civiles, se establecieron las eclesiásticas. En el siglo XVI el virreinato peruano cubría buena parte de Sudamérica. Su espina dorsal era el espacio andino, desde Bogotá y Quito en el Norte hasta Potosí en el sur, con capital en Lima. Los historiadores del siglo XX lo denominaron el «espacio peruano». Gran parte del poblamiento se concentró en las alturas andinas, siendo mucho menor el de la costa. Las tierras amazónicas fueron espacios de misiones religiosas.

3. El nombre «tierras de América» o simplemente América vino posteriormente, luego de publicados los mapas de Vespucci, pero no se generalizó. En los primeros siglos coloniales, el nombre oficial que le daba la burocracia española al imperio colonial americano siguió siendo «las Indias».



En la organización social y la cultura, lo andino fue determinante. Las autoridades coloniales y la Iglesia, si bien trataron de eliminar algunos rasgos culturales indígenas, aprovecharon otros para dominarlos. Usaron sitios de culto religioso para los santos católicos; mantuvieron las fiestas con nuevo contenido; procuraron dar un sentido de continuidad a la autoridad, presentando a los jefes coloniales como sucesores legítimos de los gobernantes incas. En las festividades religiosas se representaban grandes acontecimientos del pasado indígena, como los triunfos de Huayna Cápac o la derrota y muerte de Atahualpa.

Pasada la Conquista fue desapareciendo en la memoria de los indígenas la crueldad de los gobernantes incas, pero no se olvidó la violencia de los invasores europeos. Se dieron visiones de un Tahuantinsuyo armónico y gobernado sin autoritarismo ni violencia. En algunas protestas anticoloniales se renovó la «utopía andina», con el «retorno del inca». Pese a que fueron reprimidos con fuerza, se conservan testimonios orales de mitos como el del «Incarri» (López, 1990, p. 77). El milenarismo se robusteció y se hablaba de apariciones de los soberanos incas que anunciaban la reconstitución del Tahuantinsuyo. Pero esas visiones no eran simples:

La idea de un regreso del Inca no apareció de manera espontánea en la cultura andina. No se trató de una respuesta mecánica a la dominación colonial. En la memoria, previamente, se reconstruyó el pasado andino y se lo transformó para convertirlo en una alternativa al presente. Este es un rasgo distintivo de la utopía andina. La ciudad ideal no queda afuera de la historia o remotamente al inicio de los tiempos. Por el contrario, es un acontecimiento histórico. Ha existido, tiene un nombre: el Tahuantinsuyo. Unos gobernantes: los incas. Una capital: el Cuzco. El contenido que guarda esta construcción ha sido cambiado para imaginar un reino sin hambre, sin explotación y donde los hombres andinos vuelvan a gobernar. El fin del desorden y la oscuridad. Inca significa idea o principio ordenador (Flores, 1986, p. 51).

En el hecho colonial, los elementos andino-incas, si bien subalternizados, fueron determinantes. Las utopías milenaristas eran fuertes y había una conciencia de la continuidad de lo andino o una vuelta a algunas realidades del incario. El «espacio peruano» fue continuidad del «espacio andino». El esquema colonial basado en la extracción de metales, con el descenso de la producción de Potosí, hizo crisis en el



siglo XVIII (Tandeter, 2001). La Corona española cambió de manos y se dieron las «reformas borbónicas» (Lynch, 1996, pp. 40-45). Una de ellas fue un reajuste en la administración, que afectó al Virreinato de Lima y al «espacio peruano».

La resistencia indígena se mantuvo con la defensa de sus tierras, costumbres, estructuras comunitarias, fiestas, idioma y otras formas de identidad. Cuando en el siglo XVIII se dio la crisis del «espacio peruano», los levantamientos indígenas, mestizos y esclavos se multiplicaron (Moreno, 1999). Algunos reivindicaron el pasado indígena y el Tahuantinsuyo, levantando utopías andinas. La rebelión de Túpac Amaru obtuvo varios triunfos y puso cerco al Cuzco. Las autoridades españolas la enfrentaron con gran violencia. Se levantó de inmediato en el Alto Perú otra gran rebelión de Túpac Catari (Vásquez, De Mesa, Gisbert & Mesa Gisbert, 1994). El enfrentamiento fue aún de mayores proporciones, pero también fue sofocado con mucha sangre. Las dos sublevaciones se convirtieron en referentes del milenarismo indigenista andino. En 1781 se produjo la Revolución de los Comuneros en Socorro, Virreinato de Santa Fe de Bogotá. El movimiento fue liderado por la élite criolla, contra las reformas de Carlos III (Leddy, 1980). Fue sometido por las autoridades virreinales y sus líderes fueron perseguidos, pero su radical cuestionamiento a la autoridad maduró en las décadas posteriores.

La Independencia: conciencia de una ambigua identidad

A fines del siglo XVIII e inicios del XIX se desató la crisis del Antiguo Régimen. En la América española, en una coyuntura de debilidad de la monarquía y la expansión del Imperio napoleónico, estalló la revolución. Al principio se formaron *juntas* de criollos que intentaron gobernar a nombre del rey. Así comenzó el proceso de la independencia hispanoamericana, que al principio fue un intento criollo de formar gobiernos autónomos, manteniendo vínculos con la monarquía española; luego se radicalizó y al fin se dio la ruptura con la metrópoli.

El movimiento independentista fue exitoso cuando se convirtió en una acción continental, cuando se integraron diversos ámbitos y jurisdicciones, y convocó a los actores populares. Lo notable de Bolívar fue darse cuenta de que la independencia solo se lograría con un esfuerzo general de todo el subcontinente y con la incorporación del pueblo, considerando sus propios intereses (Bolívar, 2004).



Con el avance de la guerra independentista, se acentuó una identidad colectiva americana frente a Europa, como Simón Bolívar decía en 1815: «Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil» (Bolívar, 1975a, p. 156). Los «patriotas» enfrentados a los «realistas» defendían una causa continental y vieron la necesidad de unidad de toda Sudamérica para vencerlos. En medio de las luchas se desarrolló un sentido de unidad entre las antiguas circunscripciones coloniales. Los países independizados por el ejército que dirigió Bolívar tenían una fuerte presencia cultural «andina»⁴. Uno de los elementos unificadores fue el sentido de lo andino.

Los negros o afroandinos tuvieron un papel destacado en las guerras de la Independencia. Fueron soldados aguerridos que lucharon por la libertad, que primero era la propia. Los indígenas, en cambio, tuvieron poca participación. Sabían que los intereses de los terratenientes criollos no eran los suyos. Pero al buscar elementos unificadores para el esfuerzo bélico y la formación de los Estados, a veces se vio a la Independencia como reivindicación de los indígenas. José Joaquín Olmedo escribió su gran poema a la Independencia de América, destacando la figura de Simón Bolívar, que ganó la batalla de Junín, en agosto de 1824 (Olmedo, 1960). Luego, Sucre venció en la batalla final de Ayacucho. Para unir los dos acontecimientos, Olmedo hizo intervenir la figura de Huayna Cápac, quien recuerda la crueldad de los conquistadores, calificándolos de «usurpadores». Identifica a los patriotas como vengadores de los indígenas y como sus hijos:

¡Oh campos de Junín...! ¡Oh predilecto
hijo y amigo y vengador del Inca!
¡Oh pueblos, que formáis un pueblo solo
y una familia y todos sois mis hijos!
Vivid, triunfad... (Olmedo, 1960, pp. 115).

Pero el hecho es que:

4. El predominio de lo andino en Perú, el Alto Perú y Quito era notorio. En Colombia se patentizó en esos años y los posteriores. Un ejemplo fue que Bolívar y su ejército tuvieron que «cruzar los Andes» desde Venezuela, para liberar a la Nueva Granada. En Venezuela, el peso de la población de las regiones marcadas por los altos andinos fue de enorme importancia en la Independencia y la ulterior historia republicana.



A través del *Canto a Bolívar*, Olmedo expresa abiertamente la tensión entre los conceptos de etnicidad y nacionalidad que se resuelve en la oda, con la adopción de las tradiciones aborígenes por parte de los españoles, construyendo así una identidad propia para el recientemente liberado continente (Harrisson, 1996, p. 51).

A Bolívar no le gustó la presencia del Inca. Decía:

No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento, y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión, y de mantenernos en el país que nos vio nacer contra la oposición de los invasores (Bolívar, 1975b, p. 219).

No sentía Bolívar que representaba a los indígenas o que sus luchas fueran para restablecer el Tahuantinsuyo. Tampoco Olmedo tenía ese propósito. Usó al Inca para justificar la Independencia, pero no pensaba en la vuelta al imperio indígena. La misión de Bolívar no sería volver al pasado, sino «entronizar las leyes» y garantizar la libertad del pueblo (Olmedo, 1960). Por otra parte, al acusar a los españoles de la opresión de los indígenas, Olmedo exculpa a los criollos y mestizos, es decir a los suyos, de actos que seguían cometiendo aun en medio de las independencias.

Olmedo le hace dar al Inca un discurso contra los españoles y exhorta a Bolívar a mantener la unidad de los países que luchaban por la Independencia, pero justifica la futura dominación republicana. Transformar a los insurgentes en vengadores de los indígenas fue frecuente en el discurso de los independentistas. La intervención del Inca devela la ambigüedad de nuestras culturas. La vuelta del pasado inca, que había sido una utopía andina colonial, sirvió como un justificativo de la Independencia y un elemento unificador de las fuerzas que la impulsaron. El Libertador fue el mayor impulsor de la integración. Por ello se ha identificado ser «andino» con ser «bolivariano». En el *Canto a Bolívar* están los encuentros y desencuentros de ser americanos. Con la Independencia salieron a luz varias raíces andinas de nuestros pueblos y se proyectaron a la vida republicana.



Siglo XIX: conciencia nacional

Con la Independencia surgieron los Estados nacionales de América Andina. El esfuerzo de constituir la gran República de Colombia fracasó. Luego se formó y se disolvió la Confederación Perú-Boliviana. Terminaron por constituirse cinco países (Venezuela, Nueva Granada –que años después adoptó el nombre de Colombia–, Ecuador y Perú)⁵. Chile fue considerado una excepción de constitución nacional.

Los Estados nacionales andinos en muchos sentidos fueron continuación del Estado colonial y se caracterizaron por profundas diferencias socioeconómicas, étnicas y regionales. Desde los años veinte del siglo XIX iniciaron un largo proceso de constitución y consolidación, plagado de conflictos, contradicciones, avances y retrocesos. Se asentaron en la regionalización, el robustecimiento de la propiedad, la reconstitución del poder legal y la exclusión de la mayoría (mujeres, indígenas, negros, no propietarios). Sus fundadores, «señores de la tierra» y grandes comerciantes, plantearon proyectos nacionales como continuación de la hispanidad y adoptaron formas republicanas y continuidades monárquicas (Carrera, 2003). Mantuvieron la discriminación étnica y la sociedad estamentaria del coloniaje, asentada en desigualdades institucionalizadas. Al mismo tiempo se enfrentaron entre sí en disputas regionales.

Las élites criollas impusieron su visión nacional. Divulgaron los valores dominantes como «universales», eliminando las especificidades culturales (Fontana, 1992). Los mestizos se fueron apropiando de la identidad de las naciones, a las que consideran sus *patrias*. Los nacientes Estados penetraron con su estructura administrativa en la sociedad. Fue la acción de los Estados la que consolidó a las naciones y no al revés (Pérez, 1999). Pero también las visiones populares se fueron incorporando a la nación.

En las nuevas repúblicas la Iglesia católica fue reconocida como «religión de Estado». Con especificidades en cada país, reafirmó su papel de agente de conservación ideológica y de dominación socioeconómica. Los ejércitos, formados en la Independencia, conservaron su fuerza e influencia. Con frecuencia fueron árbitros de los conflictos entre sectores dominantes. En los Estados que, con sus conflictos y contradicciones, se consolidaban en el siglo XIX, el elemento regional fue crítico. En Bolivia, Ecuador y buena parte de Colombia, los ejes de poder político y la mayoría de la población se concentraron en

5. A estos países se sumó en 1903 la República de Panamá, que se desprendió de Colombia.



las regiones altoandinas. En Perú, aunque el centro de la política era Lima, la mayoría de la población estaba en la Sierra. En Venezuela, el peso real de la región andina fue grande.

Al inicio, los límites internacionales eran imprecisos y sujetos a largos enfrentamientos, guerras, reclamos y pérdidas. Pero la ocupación del territorio era en su mayoría altoandina. Una característica de la regionalización dominante en el siglo XIX fue el enfrentamiento entre las élites del espacio andino y las de la costa, que en muchos casos devino en guerras civiles. «Lo andino» se identificó con el proteccionismo económico y el conservadurismo político. Sin embargo, fue también un rasgo de la identidad general de los nuevos Estados. En varios casos proporcionó elementos para los símbolos nacionales como el cóndor, ave emblemática de las alturas andinas, o el sol indígena⁶.

Los intentos de intervención de las potencias europeas, especialmente España, que pretendió recobrar sus colonias, provocaron reacciones en los países andinos. Así sucedió con las expediciones del general Flores en los años cuarenta (Gimeno, 1988). O la toma de las islas Chinchas y el bombardeo de Lima por una escuadra española en los sesenta. En ambos casos hubo protestas, reuniones de delegados de los Gobiernos y propuestas de formación de alianzas de los países del Pacífico (Granados, 2004). Pero las iniciativas no prosperaron. No existía aún la autodefinition «andina». La que sí se consolidó fue la idea más amplia de «América Latina». Más tarde se levantó el «panamericanismo», instrumento del predominio norteamericano en el continente.

El indigenismo andino: conciencia de lo indígena

Al inicio del siglo XX hubo importantes cambios en los países de América Andina. La creciente vinculación al mercado mundial, la modernización de algunos aspectos de la vida económica y social, el incremento poblacional y el crecimiento de las ciudades trajeron consigo fenómenos como la ampliación de los sectores medios y el desarrollo de la clase obrera, que llevó adelante varias tareas de organización y protesta. Surgieron intelectuales y activistas de izquierda que confluyeron en la formación de los iniciales partidos y movimientos socialistas. En la literatura y la plástica predominaron los motivos de denuncia e insurgencia.

6. Los escudos nacionales de Colombia, Ecuador y Perú incluyen al cóndor, el ave andina por excelencia. Los dos últimos países tienen, además, el sol indígena y las montañas andinas. El del Perú tiene una llama, el camélido andino mejor conocido.



Con antecedentes en años anteriores, en los años veinte se desarrolló con fuerza el indigenismo, en especial en Perú. Fue vista como la «reflexión antropológica» que surge «en torno a las culturas indígenas que han sido redescubiertas tras la tormenta del liberalismo político» (Marzal, 1993, pp. 35-36). Pero fue más que eso: un cuestionamiento de los proyectos nacionales y de la identidad, y como invitación al compromiso. «El indigenismo emergió primero como un movimiento literario que idealizaba el Imperio inca», pero luego «fue también entendido como la construcción de una nueva identidad nacional cuyo centro fuese la cultura autóctona de origen precolombino que había sobrevivido a siglos de adversidad» (Contreras & Cueto, 2007, pp. 246-247).

Desde Manuel González Prada, surgieron escritores y educadores, entre ellos Luis Eduardo Valcárcel, que llegó al etnocentrismo, postulando la eliminación de todo lo no indígena. Impulsaba un movimiento «andinista» que se integraría «en una concepción de América india, donde los cuzqueños serían una especie de “pueblo escogido” y la única élite capaz de dirigir el movimiento andinista» (Rojas, 1991, p. 282).

El indigenismo preparó el camino para la reflexión sobre nuestra realidad desde el socialismo. José Carlos Mariátegui (1995), el más destacado y original de sus pensadores, planteó su propuesta para repensar el país y transformarlo. Reflexionando desde el marxismo, revaloriza la comunidad indígena como base de la sociedad histórica y eje del futuro en el Perú, sin caer en el fundamentalismo indianista, enmarcando su visión en el análisis de una sociedad dividida en clases, sujeta al poder del latifundismo y la burguesía, en la que se dan tensiones regionales y enfrentamientos étnicos.

Mariátegui hizo propuestas para toda Latinoamérica y su unidad. «La América española se presenta prácticamente fraccionada, escindida, balcanizada. Sin embargo, su unidad no es una utopía, no es una abstracción» (Mariátegui, 1982a, p. 249). Esa unidad, empero, la harán los actores populares. «Los brindis pacatos de la diplomacia no unirán a esos pueblos. La unirán, en el porvenir, los votos históricos de las muchedumbres» (Mariátegui, 1982a, p. 250). La unidad tiene enemigos, especialmente las políticas norteamericanas hacia el subcontinente, que propician su sumisión a nombre del panamericanismo. La nueva generación hispanoamericana «debe definir neta y exactamente el sentido de su oposición a Estados Unidos», que no es a su pueblo, sino a dirigentes como T. Roosevelt «depositario del espíritu del imperio» (Mariátegui, 1982b, p. 253).



Otro pensador peruano que planteó la cuestión indígena desde lo social y político fue Víctor Raúl Haya de la Torre. Vio el problema del indio no como racial sino socioeconómico. Es una clase explotada por las clases dominantes locales y el imperialismo. Llamó «Indoamérica» a América Latina y promovió la Acción Popular Revolucionaria Americana (APRA), movimiento populista que tuvo fuerza en Perú. Pensaba que:

El Estado, instrumento de opresión de una clase sobre otra, deviene arma de nuestras clases gobernantes nacionales y arma del imperialismo, para explotar a nuestras clases productoras y mantener divididos a nuestros pueblos. Consecuentemente, la lucha contra nuestras clases gobernantes es indispensable; el poder político debe ser capturado por los productores; la producción debe socializarse y América Latina debe constituir una Federación de Estados (Haya de la Torre, 1972, p. 81).

El pensamiento aprista vincula la unidad de Indoamérica con la «acción contra el imperialismo yanqui». En sus relaciones con el imperialismo, América Latina, observaba en 1923, puede considerarse dividida en cuatro sectores. El primero es el del Caribe, México, América Central, Panamá y Antillas. «El segundo sector es el de las llamadas repúblicas bolivarianas: Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, donde la acción del imperialismo se encuentra en el período del empréstito, de la gran construcción, del tratado» (Alva, 2004, p. 55). Tercero, las repúblicas de la Plata y Chile; cuarto, Brasil. Muy tempranamente, Haya agrupa a los países que formarían el «Grupo Andino» en un grupo diferenciado dentro del subcontinente.

En otros países también se desarrolló el indigenismo. El boliviano Alcides Arguedas (1919) publicó *Raza de bronce*, considerada como la precursora de la novela indigenista en América Latina. En Ecuador, Pio Jaramillo Alvarado inauguró con *El indio ecuatoriano*, una rica tradición⁷. En Colombia, Antonio García (1939) planteó la cuestión en *Pasado y presente del indio*. También aparecieron estudios sobre la nación, el mestizaje y lo afrocolombiano. La cuestión indígena no fue prioridad nacional en Chile, pero se desarrolló con fuerza la cuestión social (Eyzaguirre, 1991). Entre los veinte y los cuarenta escritores y políticos desarrollaron propuestas de reforma que acompañaron a un proceso de elevación de la lucha de masas.

7. La obra fue inicialmente editada en 1925. Circula actualmente esta edición: Jaramillo Alvarado (1983).



Desde inicios del siglo xx en América Latina florecieron los temas sociales, la tierra y los personajes populares. Se destacaron el colombiano José Eustacio Rivera y el venezolano Rómulo Gallegos. La novela indigenista tuvo un auge con *Huasipungo* del ecuatoriano Jorge Icaza (1934)⁸. Las «vanguardias» destacaron el valor de la libertad y las luchas por la independencia, como *Las lanzas coloradas* del venezolano Arturo Uslar Pietri⁹. Desde Venezuela y Colombia avanzó una tendencia que exaltaba la acción de los héroes e invocaba los lazos comunes entre los países liberados con el liderazgo de Bolívar.

También la derecha tomó conciencia sobre el indio e interpretó la realidad desde una perspectiva racista y paternalista. Así lo hicieron, según Flores Galindo (1986), «los más acendrados hispanistas: intelectuales de procedencia oligárquica, ultramontanos, vinculados a la escuela histórica sevillana y tributarios por lo tanto durante los años cuarenta y cincuenta del autoritarismo franquista» (p. 5).

Al cuestionar lo nacional, al revalorizar la presencia indígena y la lucha social, al problematizar el mestizaje, al denominar al subcontinente «Indoamérica», el indigenismo abrió caminos que conducían a la definición de una amplia identidad común de nuestros pueblos, especialmente de los andinos.

Redescubrimiento de los Andes: conciencia histórica

A las denuncias y cuestionamientos de los indigenistas sucedieron los estudios que replantearon el conocimiento del pasado aborígen y de la historia social. A la visión de los hispanistas e intelectuales de procedencia oligárquica, se contrapusieron los estudios de:

Una intelectualidad posterior y cosmopolita, influida por la antropología norteamericana, preocupada por encontrar alternativas al desafío que implicaba la propagación del marxismo. El indio que para algunos indigenistas amenazaba con sitiar Lima, según Flores Galindo, fue convertido en el «hombre andino». Personaje al margen de la historia, inalterable, viviendo en un eterno retorno sobre sí mismo al que era preciso mantener distante de cualquier modernidad. Inmóvil y pasivo. Singular y abstracto (Flores, 1985, p. 5).

8. En otras ediciones modificó el texto.

9. La obra fue publicada por primera vez en 1931. Una edición muy conocida es: Uslar Pietri (1970).



Especialmente desde los cincuenta, en varios países de Latinoamérica se dio un gran desarrollo de la antropología, la arqueología y la etnohistoria. En Perú aparecieron estudios sobre culturas aborígenes, en particular sobre el incario, y sobre economía colonial. Hubo trabajos de investigadores de Norteamérica y Europa. Se generó un espacio para una suerte de «redescubrimiento de los Andes». Los escritos de John Murra alcanzaron gran influencia¹⁰. Se realizaron reuniones como los «Congresos Peruanos del Hombre y la Cultura Andina», donde se presentaron avances que circularon en varios países, entre ellos los andinos, donde también se dio un importante desarrollo de las ciencias sociales. Algunos de estos trabajos no estuvieron libres de esa visión idealizada e inmovilista que criticó Flores Galindo, y a la que hemos hecho referencia.

La denominación «los Andes» se estableció internacionalmente en el vocabulario de las ciencias sociales. Se refería a las tierras donde se desarrollaron los señoríos aborígenes luego articulados por el incario, y su continuidad en el «espacio peruano» colonial. Cuando se hablaba de «los Andes» se pensaba en el Perú virreinal, inclusive republicano, extendido a las actuales repúblicas del Ecuador y Bolivia. Se consideraba al Perú como eje de «los Andes». Por ejemplo, se hablaba de «los Andes del Norte» para referirse al actual Ecuador, cuando el norte de la cordillera andina está en Colombia hasta cerca del Caribe¹¹. Se dio la identificación de lo andino con el Perú y con lo indígena.

El impulso de los estudios sobre «los Andes», así delimitados, duró varias décadas. Inclusive cuando ya se hablaba del «área andina», se mantenía la tradición peruana y de ciertos «estudios latinoamericanos» que la circunscribían «a los actuales territorios de las repúblicas del Ecuador, Perú y Bolivia, así como fracciones de las serranías de Colombia y el nordeste de Argentina y Chile» (Bonilla, 2005, p. 34). Esa visión reducida se mantiene a veces hasta el presente. Pero ya hay estudios que incorporan a «lo andino» una visión más amplia.

La preocupación por el pasado aborígen y colonial, por las luchas de trabajadores y campesinos, surgió en concomitancia con la movilización popular. Fue contraparte cultural y académica de lo político. La Revolución peruana, iniciada en 1968 con el liderazgo del general Juan Velasco Alvarado, planteó reformas, como la agraria, industrial,

10. Entre los más destacados investigadores de entonces estuvieron Murra y sus discípulos. Varios de los más representativos autores peruanos de esos años han sido ya citados en este estudio.

11. Los estudiosos ecuatorianos aceptaron esa denominación para la historia aborígen y colonial. Solo posteriormente se adoptó la denominación «Andinoamérica Ecuatorial», que es más apropiada (Moreno, 2008).



bancaria, minera, asentadas sobre bases nacionalistas. Se propuso: «Proclamar la soberanía nacional como principio. Rechazar la intervención extranjera en los asuntos internos y respetar la posición de otros» (Zimmermann, s.f., p. 107). La Revolución peruana denominó «Plan Inca» al lineamiento fundamental de gobierno, como símbolo de recuperación de lo propio, y usó reminiscencias andinas e imágenes indígenas para denominar sus programas y logros. Figuras como Túpac Amaru fueron símbolos del proceso. Lo andino comenzaba a tener un nuevo contenido político.

Bolivarianismo: conciencia de las raíces comunes

Desde los años de fundación de nuestras repúblicas se exaltó la figura de Simón Bolívar. En Bolivia estaba ligada a su acto fundacional y al propio nombre del país¹². Se transformó tempranamente en símbolo nacional. En Ecuador la «lealtad» al Libertador se constituyó en elemento de identidad y de definición de las fuerzas políticas, que la invocaron con contenidos diversos a lo largo de su historia (Ayala Mora, 1991). En Colombia, la adhesión a la figura de Bolívar se convirtió en rasgo definitorio entre el Partido Conservador, que mantuvo la tradición bolivariana, y el Partido Liberal, que se identificó con sus opositores. En Perú se reconoció a Bolívar como triunfador en la Independencia, pero también fue visto como invasor o dictador. Su influencia allí ha sido limitada. En Venezuela, en cambio, luego de los primeros años republicanos, en que el Libertador fue perseguido y denigrado, se convirtió en ícono nacional, y el «culto a Bolívar» se transformó en uno de los sustentos de la ideología estatal (Carrera, 1970).

En nuestros países, con mayor fuerza en Venezuela, las entidades estatales, sistemas educativos, fuerzas armadas, poderes locales e instituciones sociales cultivaron el culto al Libertador como gestor de la libertad y justificador del poder. Se crearon «sociedades bolivarianas» que con sus ceremonias y publicaciones promovieron el estudio y reconocimiento de la acción del Libertador, pero también alentaron la exaltación unilateral de su figura, que en ciertos casos devino en una

12. La Asamblea Deliberante reunida en 1825 resolvió establecer un país independiente con el nombre de «República de Bolívar» y declarar al Libertador «padre de la patria». En poco tiempo cambió ese nombre por el de «Bolivia» (Vásquez Machicado et al., 1994, p. 336).



suerte de «canonización secular»¹³. La figura de Bolívar, incluso, pasó a ser personaje del retablo de dioses y santos (Carrera, 2003).

Es positivo rescatar la figura de Bolívar, sus luchas, ideales y propuestas pioneras, que orientan la construcción nacional en nuestros países. La postura iconoclasta, que destruye la imagen de los héroes y tergiversa la Independencia, es negativa. Debemos cultivar la memoria histórica como elemento de identidad. Para ello han contribuido varios estudios tradicionales. Pero el culto bolivariano ampuloso, unilateral y acrítico no es positivo ni tampoco aséptico. Como anota Carrera Damas (2003), se transformó de un espontáneo *culto del pueblo* en un organizado *culto para el pueblo*. Así lo han manipulado los Gobiernos.

Las instituciones bolivarianas nacionales se relacionaron a través de reuniones internacionales de historiadores, agrupaciones de militares y las sociedades bolivarianas. Se realizaron encuentros, conferencias internacionales, publicaciones y concursos. Este bolivarianismo tuvo mayor fuerza en Venezuela, Colombia, Ecuador y Bolivia. Se convirtió en fuerte lazo cultural y político entre los países cuya independencia lideró el Libertador. La denominación oficiosa «países bolivarianos» fue un elemento de identificación común.

A nivel continental, Bolívar fue considerado pionero de la unidad. Inclusive las «conferencias interamericanas», convocadas en el marco del «panamericanismo» promovido por Estados Unidos para consolidar su predominio continental, invocaron la figura de Bolívar¹⁴. En 1948 se fundó la Organización de Estados Americanos (OEA) con sede en Washington, uno de cuyo espacio principal está presidido por la imagen de Bolívar. El panamericanismo tuvo respaldo, pero no unánime. Fue cuestionado por quienes defendían la identidad latinoamericana y veían a Bolívar como opositor al predominio de Estados Unidos.

Desde una perspectiva latinoamericana surgió la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), dirigida por Raúl Prebisch, que impulsó la reforma económica, sustitución de importaciones, crecimiento industrial y modernización agraria. Esta preocupación por el desarrollo de los países dio paso a la necesidad de su ayuda mutua y cooperación. Se gestó una nueva conciencia latinoamericana, que

13. Por ejemplo véase la *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela* (1960), que contiene la sección fija: Testimonios de la devoción bolivariana.

14. Los gobiernos de Estados Unidos promovieron el panamericanismo como un «frente continental» que les permitía acrecentar su influencia en Latinoamérica. Se convocaron varias conferencias que definieron algunas políticas comunes y establecieron un mecanismo de coordinación, antecesor de la OEA.



privilegiaba la unidad y acción conjunta en el campo socioeconómico. Así, «una toma de conciencia de más amplio alcance: el descubrimiento de que existe un tercer mundo y que América Latina forma parte de él» (Halperín, 1972, p. 442). La nueva conciencia latinoamericana se expresó en una moderna tendencia de expertos y funcionarios que aplicaron las propuestas desarrollistas cepalinas y plantearon la cooperación internacional y la integración entre los países, y en una generación de científicos sociales que desarrollaron el pensamiento crítico, replanteando los estudios sobre economía, sociedad y Estado¹⁵.

El Pacto Andino: conciencia de integración

Desde los años cincuenta se desarrolló en América Latina una corriente de integración regional, que fue más allá de las declaraciones y planteó la cooperación económica, la formación de una unión aduanera y un mercado común, siguiendo el ejemplo de la integración europea. En 1960 se creó la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), que tuvo limitados efectos. Eso llevó a los países a los acuerdos subregionales. El primero fue el Tratado General de Integración Centroamericana de 1961¹⁶. Luego de intensa preparación, el 25 de mayo de 1969 se suscribió el Acuerdo de Cartagena, con que se constituyó el Grupo Andino (Comunidad Andina, 1997). Lo formaron inicialmente Bolivia, Colombia, Chile, Ecuador y Perú. Venezuela se incorporó al grupo en 1973 y Chile se separó en 1976.

El esfuerzo por formar el Grupo Andino no se dio desde el «centro» geográfico e histórico de la subregión, el Perú, donde, como hemos visto, se había generado con fuerza la identidad «andina». El impulso vino fundamentalmente de Colombia, Chile y también desde Venezuela. La voluntad integracionista se dio con más vigor en los países con regímenes constitucionales. Al parecer se adoptó el nombre «Grupo Andino» porque ya se había usado en las negociaciones anteriores, y por la afinidad geográfica e histórica de sus miembros:

Países que tienen como una de las características comunes el accidente geográfico del sistema cordillerano andino, desde Chile hasta Venezuela;

15. Entre ellos podemos mencionar a René Zavaleta Mercado (1990), destacado pensador boliviano.

16. En 1958, se había suscrito el Tratado Multilateral de Libre Comercio e Integración Económica Centroamericana. Estos dos instrumentos internacionales fueron pioneros en los procesos de integración.



cinco de esos países (Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela) tienen particularmente en común la gesta histórica independentista, bajo la conducción de Bolívar, y tres de ellos (Ecuador, Colombia y Venezuela) constituyeron entre 1820 y 1830 la República de la Gran Colombia; circunstancias estas que favorecen y facilitan, en principio, un proceso de integración económica subregional [...] (Maza, 1996, p. 227).

En las negociaciones habrá surgido la idea de llamar al grupo «bolivariano». Pero el nombre no cubría a Chile y podía objetarse en Perú. Por ello se adoptó un nombre vinculado con la geografía. Sin embargo, «lo andino» no solo estuvo marcado por la cercanía territorial, sino también por el pensamiento bolivariano y una visión común de futuro. Al fundarse el Pacto Andino se invocó el pensamiento de los libertadores y de los fundadores de nuestros países. Las ideas y propuestas de Bolívar inspiraron el proceso y lo orientan hasta hoy. Nombres como los de Hipólito Unanue, Simón Rodríguez y Andrés Bello identificaron a los convenios subregionales sobre salud, trabajo y educación, ciencia y cultura.

En la fundación del Pacto Andino confluyeron dos vertientes. Por un lado, las raíces aborígenes y coloniales que se identificaban con lo andino como hecho geográfico, antecedente civilizatorio y de proyección regional. Por otro lado, el bolivarianismo, rasgo básico de los actos fundacionales de nuestros países, y fundamento del pensamiento democrático y republicano. Esas dos vertientes convergieron en una nueva realidad, el proyecto de integración, que llevó a «lo andino» a su mayor desarrollo político.

El proceso de integración dinamizó las economías de los países y amplió la idea de «lo andino». El espacio de integración subregional fue más allá de sus antecedentes históricos, de lo «altoandino», del Tahuantinsuyo, del virreinato peruano, de las rutas de los libertadores. Comenzó a verse como unidad histórica y cultural, pero sobre todo política, que era más que sus países componentes, y se extendía desde el Caribe hasta la Patagonia, integrando también la costa y los espacios amazónicos. Desde la constitución del Pacto Andino se consolidó la idea, que ya existía antes, de complementariedad andino-amazónica.

El Pacto Andino tuvo avances y retrocesos (Maldonado, 1999). En 1997 se reorganizó y denominó «Comunidad Andina» (CAN). No se consolidaron la unión aduanera y el mercado común, pero se intensificó la relación entre los países, particularmente comercial, y se formó una institucionalidad integracionista. En el ámbito nacional e internacional se identificó al conjunto de los países con lo andino, a partir de



la denominación del grupo, pero en las poblaciones no se desarrolló una identidad común y vigorosa. Hay avances, pero también un déficit de ciudadanía andina.

América Andina: conciencia de unidad y diversidad

En los años noventa las percepciones de lo andino sufrieron un sacudón con la emergencia indígena, que irrumpió con fuerza en la escena política, reclamando reconocimiento y resistiendo al neoliberalismo. La irrupción se dio de diversas formas, como la movilización por derechos culturales y políticos en Ecuador, o la participación indígena en la insurgencia armada en Perú¹⁷. En Bolivia el movimiento campesino-indígena se articuló con otros movimientos sociales y desembocó en la elección del primer presidente indígena.

La movilización indígena cuestionó fuertemente a los Estados nacionales andinos y sus estructuras uniformes y excluyentes. Fue desde la demanda por el reconocimiento de los derechos colectivos de los pueblos, «nacionalidades» o «naciones» indígenas, hasta una suerte de resurrección de la «utopía andina», con visiones etnocéntricas que planteaban Estados indígenas excluyentes o alguna forma de resurgimiento del Tahuantinsuyo. Los planteamientos fueron diversos y a veces contrapuestos. Los que sostenían un milenarismo indígena extremo, que volvían a las utopías andinas, no han sido mayoritarios. Pero inciden en las sociedades, en la visión de los indígenas y en propuestas de «descolonización» de diverso tono y contenido. Desde el inicio de los noventa, las constituciones andinas definieron a los países con su diversidad étnica y cultural, y reconocieron los derechos indígenas. La CAN estableció un Consejo Consultivo Indígena.

Un poco más tarde y con menos fuerza que los indígenas, los pueblos afroandinos reclamaron también reconocimiento y derechos colectivos, que algunas constituciones incorporaron. El despertar étnico, que cuestionó a los Estados nacionales, provocó un cuestionamiento de la identidad de los mestizos, a estas alturas ya mayoritarios en la subregión. De ese modo, los mestizos se vieron una vez más atrapados en su ambigüedad. Así se destacó de nuevo, y quizá con mayor profundidad que antes, el carácter complejo y diverso de América Andina. La diversidad es central en la vida de los pueblos andinos.

17. Hay estudios sobre el tema, pero la dimensión fundamentalista «indígena» o «andina» de «Sendero Luminoso» no ha quedado del todo clara (Degregori, 2010).



Más allá de ciertas visiones geográficas o culturales restringidas, lo andino no se circunscribe a lo altoandino, sino que integra toda la pluralidad, desde el altiplano hasta la costa y la Amazonía, desde los límites de las pampas hasta las playas del Caribe. Desde un punto de vista amplio, América Andina es un espacio que tiene a los Andes como espinazo, pero abarca la diversidad de una amplia porción de Sudamérica (Ayala, 1999, p. 15).

La diversidad es también la unidad del mundo andino, otra de cuyas características ha sido la complementariedad, que se expresa en lo físico y en lo social. Debemos observar que:

A partir de esa diversidad ecológica, que abarca desde la zona costanera hasta los páramos y punas, sin olvidar el pie de monte amazónico, lo andino conjuga en sus diferencias una complementariedad. Una circunstancia similar se expresa en el ámbito humano y social, pues no se puede entender lo criollo, lo mestizo, lo cholo, lo negro, lo pardo, o lo indio, por sí mismo, sino en su relación con «el otro» (Ayala, 1999, pp. 14-15).

Desde tierras andinas se desplazaron grandes grupos de pobladores a otras regiones. Costa, sierra y Amazonía se articulan entre sí cuando se mueven las gentes y cuando intercambian productos y servicios.

La diversidad andina también se expresa en la forma en que distintos actores sociales la han percibido a través de la historia, según sus intereses y experiencias. Flores Galindo (1986) destacó el discurso reaccionario del hispanismo y la visión neutralizante del «hombre andino» de algunos intelectuales modernizantes. Para el autor, lo andino no es solo un discurso justificador de la situación del indio, también:

Permite, por ejemplo, desprenderse de la connotación racista que implicaba la palabra indio, evoca la idea de una civilización, no se limita a los campesinos sino que incluye a pobladores urbanos y mestizos, toma como escenario la Costa y la Sierra, trasciende los actuales límites nacionales y ayuda a encontrar los vínculos entre la historia peruana y las de Bolivia o Ecuador (p. 6).

¿Qué es lo andino? se pregunta el autor. Y responde que es:

Antes que todo, una antigua cultura que debería ser pensada en términos similares a los que se utilizan con los griegos, los egipcios o los chinos, pero para ello hace falta que este concepto por crear se desprenda de



toda mitificación. La historia ofrece un camino: buscar las vinculaciones entre las ideas, los mitos, los sueños, los objetos y los hombres que los producen y consumen, viven y se exaltan con ellos. Abandonar el territorio apacible de las ideas desencarnadas, para encontrarse con las luchas y los conflictos, con los hombres en plural, con los grupos y clases sociales, con los problemas del poder y la violencia en una sociedad. Los hombres andinos no han pasado su historia encerrados en un museo imposible (p. 6).

Resulta claro, pues, que lo andino no es una entelequia pasiva, sino una realidad en movimiento plagada de contradicciones y enfrentamientos. No hay un «hombre andino», aunque solo fuera el indígena. Hay «hombres andinos» en plural. Y quizá debemos decir «personas andinas» o «gente andina» para superar la exclusión de las mujeres y el machismo que ha predominado por siglos. Y para destacar también que la cobertura de lo andino se ha ido ampliando en la historia.

Las gentes andinas son diversas. Son muchísimo más que los incas o los indígenas de altura. Pero son innegables las grandes contribuciones indígenas a lo que consideramos como lo andino común. La «minga» indígena, por ejemplo, ahora la realizamos todos. En las raíces andinas hay formas alternativas para asumir nuestra realidad en el mundo globalizado.

En nuestras sociedades se ha impuesto la idea de que debemos esforzarnos por «vivir mejor», esto es, conseguir los estándares de bienestar de que gozan los países capitalistas avanzados. Esto implica, sin embargo, que sigamos el ritmo de abuso y desperdicio de los recursos, de depredación del ambiente y un estilo de vida marcado por la competencia y la falta de solidaridad. Así aceleraremos la destrucción del planeta y prolongaremos el predominio del capitalismo con sus grandes injusticias. Pero en las raíces andinas hay otra forma de concebir la vida. No se trata de «vivir mejor» en relación con culturas de desperdicio y sobrexplotación de los recursos que, pese a ello, no traen felicidad; sino de «vivir bien», es decir, llevar una existencia digna, sin miseria, ejerciendo los derechos fundamentales, sin opulencia, sin angustias por la acumulación o la competencia. En otras palabras, buscar un estilo de vida sencillo y solidario en que se cubran las necesidades, pero no se tenga como modelo lograr aquello que tienen las potencias más ricas (Ayala, 2009).



La idea de «vivir bien» o *sumak kausay* es una de las grandes contribuciones de los indígenas de América Andina al mundo. Se ha desarrollado sobre todo en Bolivia (Huanacuni Mamani, 2001). La proposición es importante, siempre que se asuma sin dejar de observar que vivimos en un mundo y en unas sociedades periféricas donde el capitalismo predomina como sistema de explotación y desigualdad.

Siempre lo andino será un redescubrimiento permanente de las raíces. Pero también será, luego de la experiencia de la Comunidad Andina, una propuesta de integración. Eso implica que se deben consolidar los avances que ha tenido el proceso en todos estos años y considerar, al mismo tiempo, a la Comunidad Andina de hoy como un «eslabón hacia la integración de Sudamérica», tal como lo vio lúcida-mente Germánico Salgado (1998). Con este gran objetivo, es preciso inscribir a la CAN en la construcción de la UNASUR, que será lenta y difícil, sobre todo si los dos procesos marchan aislados. La unidad sudamericana no será viable sin el componente andino, no solo por la necesidad de la participación de los países miembros o por el desarrollo de la institucionalidad comunitaria, sino también por la unidad en la diversidad como articuladora de la integración.

Pero este trabajo es sobre el pasado. Y ya estamos hablando del futuro.

Discusión

Se concluye, entonces, constatando que cualquiera que sea el porvenir de la Comunidad Andina, sus países miembros no serán los mismos después de haber participado en ella. Sus procesos de desarrollo como Estados-nación han experimentado cambios irreversibles, tanto más que en el proceso integracionista nunca se dio oposición entre lo nacional y lo andino, entre la soberanía de los Estados y los avances de la supranacionalidad. Han sido dos caras de una misma realidad, que tiene como escenario a América Latina. Lo andino es ahora, y será en el futuro, incomprensible sin la integración. Pero como hecho geográfico, histórico, identitario, humano, lo andino será más que la CAN o cualquier institucionalidad.

Lo andino es bastantes cosas a la vez. Es una realidad compleja con elementos de continuidad, pero siempre cambiante. La pregunta ¿qué es lo andino? queda pendiente no porque se hubiera dejado de contestarla, sino porque al hacerlo han surgido nuevos interrogantes. La experiencia andina, con sus encuentros y desencuentros, atraviesa



nuestra historia y nuestra identidad. De una manera u otra, es parte de todos nosotros y nos une en la diversidad.

Referencias

- Alva Castro, L. (2004). *El sueño del Libertador, Haya de la Torre y la unidad de América (Antología)* (Selección, introducción y cronología). Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Ardila, G. (1999). El poblamiento de los Andes (10.000 a 7.000 a. C.). En L. Lumbreras (Ed.), *Historia de América Andina*, (pp. 47-73), vol. 1. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar Sede Ecuador, Libresa.
- Arguedas, A. (1919). *Raza de Bronce*. La Paz: Editores González y Medina.
- Arguedas, A. (1945). *Raza de Bronce*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Ayala Mora, E. (1999). Presentación general. En L. Lumbreras (Ed.), *Historia de América Andina, vol. 1, Las sociedades aborígenes* (pp. 9-23). Quito: Universidad Andina Simón Bolívar Sede Ecuador, Libresa.
- Ayala Mora, E. (2009). *Ecuador, patria de todos* (3.^{ra} ed.). Quito: Universidad Andina Simón Bolívar Sede Ecuador, Corporación Editora Nacional.
- Bolívar, S. (1975a). Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla. En S. Bolívar, *Discursos, proclamas y epistolario político* (pp. 148-170). Madrid: Editora Nacional.
- Bolívar, S. (1975b). Discurso pronunciado ante el Congreso de Angostura el 15 de febrero de 1819, día de su instalación. En S. Bolívar, *Discursos, proclamas y epistolario político* (pp. 216-220). Madrid: Editora Nacional.
- Bolívar, S. (2004). *Pensamiento fundamental. Introducción y antología Enrique Ayala Mora*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar Sede Ecuador, Corporación Editora Nacional.
- Bonilla, H. (2005). El área andina como situación y como problema (1976). En H. Bonilla, *El futuro del pasado, Las coordenadas de la configuración de los Andes*, t. I. Lima: Fondo Editorial del Pedagógico San Marcos, Instituto de Ciencias y Humanidades.
- Bustos Lozano, G. (2008). La Conquista Española. En E. Ayala Mora (Ed.). *Manual de Historia del Ecuador*. (pp. 57-71), vol. I. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar Sede Ecuador, Corporación Editora Nacional.



- Carrera Damas, G. (1940). *El culto a Bolívar*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Instituto de Antropología e Historia.
- Carrera Damas, G. (2003). República monárquica o monarquía republicana. En L. Lumbreras (Ed.), *Historia de América Andina* (pp. 357-412), vol. 4. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar Sede Ecuador, Libresa.
- Contreras, C. & Cueto, M. (2007). *Historia del Perú contemporáneo*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Comunidad Andina - Secretaría General (1997). *28 años de integración andina. Un recuento histórico*. Lima: Secretaría General de la Comunidad Andina.
- Degregori, C. I. (2010). *Qué difícil es ser Dios: El Partido Comunista -Sendero Luminoso y el conflicto armado interno en el Perú: 1980-1999*. Lima: IEP.
- Espinoza Soriano, W. (1990). *Los Incas, economía, sociedad y Estado en la era del Tabuntinsuyo*. Lima: Amaru Editores.
- Eyzaguirre, J. (1991). *Historia de las instituciones políticas y sociales de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Flores Galindo, A. (1986). *Buscando un inca, Identidad y utopía en los Andes*. La Habana: Casa de las Américas.
- Fontana, J. (1992). *La historia después del fin de la historia*. Barcelona: Crítica.
- Gimeno, A. (1988). *Una tentativa monárquica en América. El caso ecuatoriano*. Quito: Banco Central del Ecuador.
- Gómez Pérez, C. & Marchena Fernández, J. (2000). Las sociedades indígenas y los conquistadores Apus y Supays. En M. Burga (Ed.), *Historia de América Andina* (pp. 57-70), vol. 2. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar Sede Ecuador, Libresa.
- Granados García, A. (2004). Congresos e intelectuales en los inicios de un proyecto de una conciencia continental en Latinoamérica, 1826-1860. En A. Granados & C. Marichal (Comp.), *Construcción de las identidades latinoamericanas, Ensayos de historia intelectual, siglos XIX y XX* (pp. 39-70). México: El Colegio de México.
- Halperín Dongui, T. (1972). *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza Editorial.
- Harrisson, R. (1996). *Entre el tronar épico y el llanto elegíaco, simbología indígena en la poesía ecuatoriana de los siglos XIX y XX*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Abya-Yala.
- Haya de la Torre, V. R. (1972). *El antiimperialismo y el APRA*. Lima: Editorial Amauta.



- Huanacuni Mamani, F. (2001). *Vivir bien/Buen vivir, filosofía, políticas, estrategias, y experiencias regionales*. La Paz: Convenio Andrés Bello, Instituto Internacional de Integración.
- Icaza, J. (1934). *Huasipungo*. Quito: Imprenta Nacional.
- Inca Garcilaso de la Vega (2007). *Comentarios reales de los incas*. Lima: Universidad Inca Garcilaso de la Vega.
- Jaramillo Alvarado, P. (1983). *El indio ecuatoriano. Contribución al estudio de la sociología indo-americana*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- García, A. (1939). *Pasado y presente del indio*. Bogotá: Ediciones Centro.
- Langue, F. & Salazar-Soler, C. (1999). Origen, formación y desarrollo de las economías mineras (1570-1650): Nuevos espacios económicos y circuitos mercantiles. En M. Burga (Ed.). *Historia de América Andina* (pp. 135-190), vol. 2. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.
- Leddy Phelam, J. (1980). *El pueblo y el rey, la revolución comunera en Colombia, 1781*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- López Baralt, M. (1990). *El retorno del Inca rey: mito y profecía en el mundo andino*. Madrid: Editorial Playor.
- Lumbreras, L. (1999). Formación de las sociedades urbanas. En L. Lumbreras (Ed.), *Historia de América Andina* (pp. 47-73), vol. 1. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar Sede Ecuador, Libresa.
- Lynch, J. (1996). El reformismo borbónico en Hispanoamérica. En A. Guimerá (Ed.). *El reformismo borbónico* (pp. 37-59). Madrid: Alianza Editorial.
- Maldonado Lira, H. (1999). *30 años de integración andina: balances y perspectivas*. Lima: Comunidad Andina, Secretaría General.
- Mariátegui, J. C. (1982a). La unidad de la América indo-española. En *José Carlos Mariátegui, Obras*, (pp. 247-253), t. 2. La Habana: Casa de las Américas.
- Mariátegui, J. C. (1982b). El ibero-americanismo y el pan-americanismo. En *José Carlos Mariátegui, Obras*, (pp. 251-254), t. 2. La Habana: Casa de las Américas.
- Mariátegui, J. C. (1995). *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Biblioteca Amauta.
- Marzal, M. M. (1993). *Historia de la antropología indigenista*. Barcelona: Anthropos.
- Maza Zavala, D. F. (1996). *Vida económica en Hispanoamérica*, vol. 25. Caracas: Academia Nacional de Historia de Venezuela.



- Moreno Yáñez, S. (1999). Motines, revueltas y rebeliones en Hispanoamérica. En J. Hidalgo & E. Tandeter (Eds.). *Historia General de América Latina* (pp. 243-458), vol. IV. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar Sede Ecuador, Libresa.
- Moreno Yáñez, S. (2008). Época Aborígen. En E. Ayala Mora (Ed.). *Manual de Historia del Ecuador* (pp. 11-54), vol. I. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar Sede Ecuador, Corporación Editora Nacional.
- Murra, J. V. (1975). *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Murra, J. V. (1978). *La organización económica del Estado Inca*. México: Siglo XXI Editores, Instituto de Estudios Peruanos.
- Olmedo, J. J. (1960). La victoria de Junín, Canto a Bolívar. En *Biblioteca Mínima Ecuatoriana, José Joaquín Olmedo, Poesía, prosa* (pp. 113-123). Puebla: Cajica.
- Pease García-Irigoyen, F. (1988). *Los incas, una introducción*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Pérez Vejo, T. (1999). *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*. Oviedo: Ediciones Nobel.
- Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela* (1960). 19(63 y 64). Caracas.
- Rojas Mix, R. (1991). *Los cien nombres de América*. San José: Universidad de Costa Rica.
- Rostorowski de Diez Canseco, M. (1988). *Historia del Tabuntinsuyu*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Salgado, G. (1998). *El Grupo Andino de hoy: eslabón hacia la integración de Sudamérica*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar/Corporación Editora Nacional.
- Salomon, F. (1990). Crisis y transformación de la sociedad aborígen invadida (1528-1573). En E. Ayala Mora (Ed.). *Nueva Historia del Ecuador* (pp. 111-122), vol. III. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Tandeter, E. (2001). Economía minera en el espacio andino. En M. Garrido (Ed.). *Historia de América Andina* (pp. 59-86), vol. III. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar Sede Ecuador, Libresa.
- Uslar Pietri, A. (1970). *Las lanzas coloradas*. Barcelona: Salvat Editores.
- Vásquez Machicado, H., De Mesa, J., Gisbert, T. & Mesa Gisbert, C. D. (1994). *Manual de Historia de Bolivia*. La Paz: Editorial Gisbert.
- Zavaleta, R. (1990). *El Estado en América Latina*. Cochabamba: Editorial Los Amigos del Libro.
- Zimmermann Zavala, A. (s.f.). *El plan inca, objetivo: Revolución peruana*. Lima: Empresa editora del diario oficial *El Peruano*.